

grumetes

Carles Sala i Vila

Míster Rumba

Ilustraciones

Roger Simó

Traducción

Javier Rodrigo

laGalera

*A mi padre y a mi madre, por lo que soportan.
Y a mi hijo, a la abuela, a mi hermano y a mi hermana,
a mi cuñado y a mi cuñada, a mis tres sobrinitas, a mis
primos y a mis primas, y a mis tíos y a mis tías.*

Primera edición: junio de 2014

Diseño de la colección: Mariano Rolando
Maquetación: Marquès SL

Título original catalán: *Míster Rumba*

Edición: David Monserrat
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© 2014 Carles Sala i Vila, del texto
© 2014 Roger Simó, de las ilustraciones
© 2014 Javier Rodrigo de la traducción
© 2014 La Galera, SAU Editorial, de la edición en lengua castellana

La Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95. 08019 Barcelona
www.editorial-galera.com lagalera@editorialgalera.com
facebook.com/editoriallagalera twitter.com/editorialgalera

Impreso en Límpergraf
Mogoda, 29-31. Pol. Ind. Can Salvatella
08210 Barberà del Vallès

Depósito Legal: B.1.236-2014
Impreso en la UE
ISBN: 978-84-246-5191-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Las familias son como las guitarras: a primera vista, todas parecen iguales, pero a la hora de la verdad no hay dos que suenen exactamente igual; hay familias que suenan elegantes, las hay estridentes, agudas, graves, divertidas, brillantes, mortecinas...

Si bien todas, absolutamente todas, desafinan de vez en cuando. Y la mía más que ninguna.

PRIMERA PARTE

RUMBITA DE ANDAR POR CASA

*¡Mi tío y mi tía,
y mi padre y mi madre
bailan la rumbita!
¡Lolailarolááá!*

*¡Y mi hermanita,
y mi primo y mi prima,
y el abuelo y la abuela
la quieren bailar!*

Ostras! ¡Lo veo! ¡Lo veo! –gritó la tía Galleta con los ojos cerrados y la boca llena de galleta de mantequilla.

–¡¿Qué ves?! ¡¿Qué ves?! –se apresuró a preguntarle la abuela Migas.

–¿Qué quieres que vea, mamá? ¡Mi príncipe!

–¿Picatoste? ¿Ves a Picatoste?

–¡No, mujer, no! ¡Ahora no tengo ganas de ver a ese granuja!

–Ay, hija mía... Aunque sea un vago de pies a cabeza, Picatoste es tu maridito.

–¡Ya, claro, un maridito que hace más de un mes que no aparece por casa!

–Entonces... ¿se puede saber a quién estás viendo?

–¡A Farolo! ¡A mi querido Farolo!

No era la primera vez que tenía lugar aquella escena en el patio de la casa de los abuelos.

La tía Galleta, la tía más bruja de todas las tías de la familia, no solo poseía el don de saber leer el futuro en las manos de la gente, sino que de vez en cuando también tenía «visiones trans-espaciales», como las llamaba ella. En otras palabras: era capaz de ver lo que pasaba a quién sabe cuántos kilómetros de distancia sin necesidad de levantar el culo de la silla.

Pero no vayáis a pensar que alcanzaba este estado de trance siempre que quería, ni mucho menos; únicamente conseguía tener visiones de este tipo los días en que, al tomar el sol al atardecer, saboreaba una deliciosa galleta de mantquilla con los ojos cerrados, y ni aun así funcionaba siempre.

Ese día, repantingada en la silla de cámping junto al naranjo de la casa de los abuelos, la tía Galleta había conseguido ver a Farolo –su hijo mayor y mi primo favorito–, que pocos días antes, con su acordeón bajo el brazo, había partido solo hacia las Américas para intentar abrirse camino como músico.

–¿Tenía mi primo buena cara? –pregunté.

–¡Eso, eso! –dijo con voz ronca el abuelo Chusco–. Ya que en esta familia todo el mundo va a la suya, al menos cuéntenos cómo le van las cosas a nuestro querido Farolo...

—¡Pues las cosas le van que ni pintadas! —aseguró la tía Galleta con los ojos todavía cerrados—. ¡En estos cuatro días que lleva fuera se ha convertido ya en uno de los músicos más conocidos de la ciudad donde vive! ¡Qué digo conocido, en el más famoso! ¡El más famoso de la ciudad y de todo el país!

—¡Qué me dices! —exclamó la abuela Migas—. ¿Mi Nieto, un músico famoso?



—¡Lo que está oyendo, mamá! ¡Incluso lo veo en una plaza inmensa con un enjambre de fans impacientes por estar cerca de él!

—Con su pan se lo coma... —soltó mi cuñado Jeta desde su hamaca—. ¡Menuda trabajera debe de tener firmando autógrafos!

—¿Qué más? ¿Qué más? —insistió la abuela Migas—. ¿Da conciertos?

—¡Naturalmente que da conciertos, uno tras otro! —prosiguió mi tía—. Y por lo que veo no actúa solo en los escenarios... Le acompaña... Le acompaña... ¡Sí, ahora lo veo, le acompaña una bailarina muy vivaracha!

—¿Una bailarina? —quiso saber la abuela—. ¿De dónde la ha sacado?

—¡Demonios, es una bailarina autóctona!

—¿*Utóctona*?

—Quiere decir que es del país, abuela —le expliqué.

—Ah, caramba... ¿Y no tiene músicos *utóctonos* que lo acompañen? Eso de tocar solo debe de ser muy aburrido...

—No veo a ningún otro músico... —precisó mi tía llevándose otra galleta de mantequilla a la boca—. Seguramente no ha encontrado aún ninguno de su categoría...

—O que tenga suficiente paciencia para

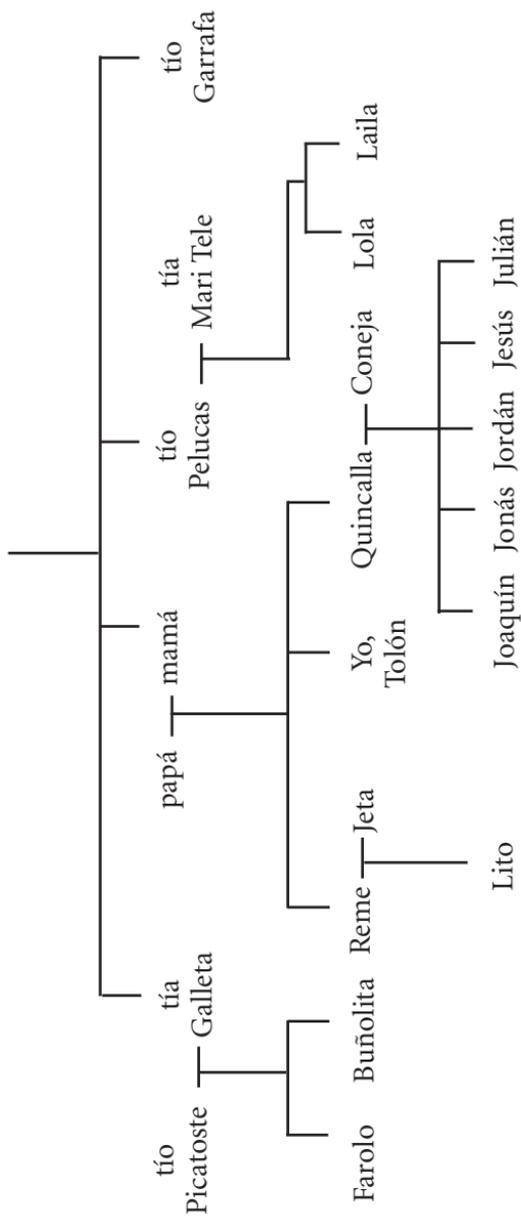
aguantar sus fanfarronadas... –dijo Jeta medio bostezando.

En todas las viviendas de los alrededores de la casa de los abuelos vivía algún miembro de mi familia: en una, el tío Garrafa, el mayor y el más gordo de los cuatro tíos que tengo; en otra, el tío Pelucas y la tía Mari Tele, los padres de mis primas gemelas: Lola y Laila; en la casita de más allá, la tía Galleta y –cuando estaba, por supuesto– el tío Picatoste, y también mi prima Buñolita y, hasta hace unos días, mi querido primo Farolo; en la casa menos pequeña de todas, mi hermano Quincalla, su mujer –Coneja– y los niños: Joaquín, Jonás, Jordán, Jesús y



MI FAMILIA

abuelo Chusco — abuela Migas



Julián; en la casa más nueva, mi hermana Reme, su marido –Jeta– y el pequeño Lito... Y, finalmente, en la más destartada de todas, la que se alzaba justo al lado de la casa de los abuelos, vivían papá, mamá y, hasta ese día, yo mismo: Tolón.

–¡Callad, callad! –gritó mi tía al tiempo que escupía trocitos de galleta–. ¡Que estoy viendo a Farolo entrando en su casa! A ver, a ver... ¡Arrea! ¡Si vive en un palacete!

–¿En un palacete? –exclamó la abuela, muy impresionada–. Hija, ¿estás segura?

–¡Naturalmente! ¡En un palacete precioso, en el centro de la ciudad, rodeado de un jardín inmenso con muchos castaños altísimos y un estanque con peces de colores!...

–¡Un estanque con peces de colores y todo! –exclamó la abuela–. Y ¿qué más?, ¿qué más?

–Pues también veo... Veo... ¡Un mayordomo! ¡Un mayordomo uniformado y con unas patillas enormes que está preparando la cena de mi príncipe!

–¡Anda! ¿Un mayordomo que incluso le prepara la cena? –soltó Jeta levantando una ceja–. ¡Pues sí que está podrido de dinero el niño!

Entonces, sin abrir aún los ojos, mi tía volvió a sumergir su mano en la caja de galletas. Pero

esta vez sirvió de bien poco: las galletas de mantequilla de la abuela Migas se habían terminado; y claro, la visión transespacial de ese día, también.

Después de la visión de la tía Galleta, se hizo el silencio. El buen tiempo había llegado hacía días, y se estaba requetebién en el patio de los abuelos, oliendo las flores de azahar del naranjo y pensando en todo lo que acabábamos de descubrir sobre Farolo.

Pasado un rato, Jeta bajó de la hamaca y, poniéndose a caminar parsimoniosamente, nos dijo:

—Voy un rato al sofá de casa hasta la hora de cenar. —Y unos metros más allá añadió sin siquiera volverse—: Ah, supongo que mañana no vendré; he oído en la radio que lloverá a cántaros, y no creo que me mueva de la cama en todo el día...

Otra vez se hizo el silencio. Entonces me di cuenta de que el abuelo estaba muy serio, y que tenía la mirada extrañamente perdida en el cielo arrebolado del horizonte.

—Esto no va bien —sentenció.

Los demás nos miramos sin decir ni pío, a la espera de que el abuelo se explicase. En casa siempre se había respetado mucho la opinión

del abuelo Chusco. Al fin y al cabo, era la persona de más edad de la familia.

—Esto no va nada bien —repitió pasado un rato, y después añadió—: Hace tiempo, no demasiado, toda la familia se reunía cada noche en este mismo lugar, y nos contábamos todo lo que nos pasaba y hablábamos de los problemas que nos quitaban el sueño y reíamos por cualquier tontería y cenábamos juntos... y siempre, siempre, acabábamos cantando y bailando alguna rumbita. —Hizo una pausa, y prosiguió—: Pero ahora... Ahora no pasa nada de esto. Todo el mundo va a lo suyo. Y Farolo, nuestro querido Farolo, el miembro más bailongo de la familia, y el que más disfrutaba los saraos que montábamos en el patio, ¿qué se ha visto obligado a hacer? Pues a coger su acordeón y huir al otro extremo del mundo a buscarse la vida... ¡Completamente solo! —El abuelo suspiró y acabó diciendo—: Y esto, hijos míos, no tendría que haber pasado nunca... Nunca.

El abuelo Chusco no lo había dicho triste, ni enfadado ni preocupado, sino las tres cosas a la vez. Entonces, la abuela Migas, que seguramente ya le había oído aquel discurso más de una vez, se levantó de la silla y entró en la cocina.

—Voy a poner la cazuela en el fuego —dijo.

La tía Galleta y yo, entretanto, permanecemos inmóviles, sentados en nuestras sillas sin dejar de dar vueltas a lo que acabábamos de oír. En ese momento, me vinieron a la memoria los saraos de los que hablaba el abuelo Chusco. Farolo acostumbraba a ser el primero en coger el acordeón y empezar a entonar una canción, y enseguida se le unía el abuelo con su guitarra, e inmediatamente después yo con la mía, y a continuación las gemelas se ponían a tocar palmas, y el tío Pelucas cogía el violín... y poco a poco todo el mundo se iba sumando a la fiesta. En casa, nadie podía quedarse quieto cuando sonaba una rumba, ni siquiera el gandul de Jeta. Era entonces, los momentos en los que todos cantábamos y bailábamos, cuando los abuelos sonreían más satisfechos que nunca, y el diente dorado del abuelo brillaba resplandeciente como un rayo de sol.

El problema era que ahora la gente tenía otras cosas en la cabeza.

Papá y mamá, por ejemplo, se pasaban el tiempo yendo de un lado a otro con el puesto de calcetines. No os vayáis a pensar, ellos siempre habían ido a vender al mercado, lo que ocurre es que ahora no había día de la semana que no tuviesen que levantarse cuando todavía es-

taba oscuro para ir a trabajar. Según decían, querían ahorrar lo suficiente para, más adelante, poder jubilarse y seguir yendo de aquí para allá, pero entonces viajando de un país a otro para conocer mundo.

Quincalla, mi hermano mayor, también daba vueltas como una peonza repartiendo relojes y joyas de medio pelo con la furgoneta. Suerte tenía de que Coneja, su mujer, se las apañaba muy bien con las cinco criaturas que había parido de un tirón.

Reme, en cambio —mi hermana pequeña—, trabajaba limpiando el colegio del barrio. Pero el trabajo más duro lo tenía cuando regresaba a casa. Su marido, Jeta, que casualmente era primo lejano del tío Picatoste, tenía un hueso en la espalda que no debían de tenerlo ni los dinosaurios más grandes, y no levantaba el culo del sofá si no era para depositarlo en la cama o en la mecedora o en la hamaca del patio de los abuelos. Eso a pesar de que Lito, su hijo, más que un niño de cuatro años parecía un terremoto con piernas, por la forma en que dejaba la casa cada vez que tenía una de sus pataletas...

Mi prima Buñolita, por su parte, tampoco puede decirse que se dejara ver mucho: desde hacía un tiempo se pasaba las horas en la chu-

rrería que había instalado en la otra punta de la ciudad. Y después de cerrar, completaba la jornada paseando con su enamorado de turno.

La situación no mejoraba mucho con el tío Pelucas, que de día dormía y de noche regentaba una sala de fiestas; ni con su mujer, la tía Mari Tele, que de noche dormía y de día hacía ganchillo sentada frente al televisor; ni con las dos gemelas, que solo pensaban en ser lo bastante mayores como para poder hacer de las suyas sin tener que dar explicaciones a nadie; ni, por descontado, con los dos miembros más descarriados de la familia: el tío Garrafa, que a duras penas salía del Bar Tolo en todo el día, y el esmirriado tío Picatoste, capaz de cualquier cosa con tal de comer chocolate con picatostes en los bares y cafeterías de la ciudad.

Y el abuelo... el abuelo no podía soportar todo esto.

De repente, una luz se encendió dentro de mí. ¡Menuda idea se me acababa de ocurrir! Y ¡qué contentos se pusieron el abuelo y mi tía cuando se la conté!

—¿Estás pensando en ir a ver a Farolo? —repitió la tía Galleta—. ¿Lo dices en serio?

—¡Pues claro! ¡Así mi primito tendrá a alguien de la familia a su lado! Además, ¡me gustaría mucho acompañarlo con la guitarra en sus conciertos!

—¡Ay, no te imaginas lo feliz que me haces! —exclamó la tía Galleta echándome los brazos al cuello—. ¡Estaré mucho más tranquila sabiendo que una persona sensata como tú está junto al tarambana de mi príncipe!



—Me parece una idea excelente —dijo el abuelo, esta vez sonriendo—. ¡Me gusta saber que tengo un nieto que piensa en el resto de la familia!

—Lo que no sé es si tendré bastante dinero ahorrado para comprar un billete a América... —se me ocurrió después.

Entonces, la tía Galleta bajó un poco la mirada, como avergonzada.

—Bueno... En realidad... —murmuró—. Sí que Farolo comentó que iba a hacer las Américas, pero... la primera postal que me envió era de Londres...

—¿De Londres? —dije yo—. Pero... ¡si Londres no está en América! ¡Está en Inglaterra, mucho más cerca!

—Ya sabes que tu primo siempre exagera...

—¡Eso es fantástico! —exclamé—. ¡Está decidido: mañana mismo vuelo a Londres! ¡Me voy corriendo a hacer la maleta!

Al llegar a casa, mis padres ya estaban cargando la furgoneta para el mercado del día siguiente, y era tal su desconcierto que a duras penas oían las explicaciones que yo les daba.

—Vaya, así pues, ¿mañana no podrás acom-

pañarnos a la feria? –preguntó papá mientras cargaba la lona del puesto.

–No, ya os lo he dicho: voy a hacerle una visita a Farolo...

–Supongo que por lo menos estarás de vuelta en casa a la hora de comer...

–¡Si Farolo vive en Londres! ¡Pasaré algunos días fuera de casa!

–¡¿Cómo?! –saltó mamá, al tiempo que cargaba una caja de calcetines en las manos—. Y ¿ya tienes comida para llevarte? Que yo te conozco: remilgado como eres, si lo que te dan no te gusta, eres capaz de pasarte días sin probar bocado... ¡No me extraña que cada día estés más flaco! ¡Pronto ni te veremos!

–No te preocupes, mamá. Seguro que hay de todo en casa de Farolo. ¡Si incluso tiene un mayordomo que le prepara la cena!

–¡Sí, hombre, a otro perro con ese hueso! ¿Sabes qué te digo? Me quedaré más tranquila si te preparo algunas cosas buenas para salir del paso. ¡Por lo menos, para el camino!

–Por cierto –intervino papá–, no sé cómo piensas ir al aeropuerto, pero será mejor que no cuentes con nosotros: si queremos encontrar un buen lugar en la feria tendremos que salir antes de que amanezca.